

padres. El marido, como era de esperar, ha pedido el divorcio.

Este, no obstante, es un caso vulgar, que no tiene de extraordinario más que el haber ocurrido á bordo, y el siguiente es mucho más interesante.

En Nueva York, que es la población del mundo donde más abundan los divorcios, lo ha pedido un marido por el motivo siguiente:

Está recien casado con su mujer, que es jóven y bonita, y que durante su noviazgo le había dado pruebas honestas de quererle. Pero resulta que después de casarse, la jóven se ha negado resueltamente á ser la esposa efectiva de su marido. El pobre esposo perdía la cabeza, como si comprendiera por instinto que allí tenía el mal, buscando la causa de la resistencia de su mujer *in partibus*. Pronto lo averiguó, y se convenció de que no lo era *in fidelium*.

La mujer misma *¡oh lengua!* confidó á una amiga que tenía desde hacia mucho tiempo relaciones criminales con un jóven abogado, al cual había dado palabra de no aceptar jamás las caricias de su esposo.

—Pero, ¿por qué, le preguntó el tribunal, si amaba Ud. á otro hombre se casó con éste?

—Porque le había dado mi palabra, y no quería faltar á ella.

Así, así, seriedad y consecuencia en todo. También á los abogados los engañan. ¡Y de qué manera! A uno de Boston, llamado Mr. Marsh, le ha sacado enormes cantidades de dinero una señora espiritista, vendiéndole autógrafos de San Pedro, San Antonio, y otros bienaventurados, y cuadros acabados de pintar por Murillo, Velazquez, Rafael y otros célebres artistas.

Lo notable del caso es que el proceso contra la estafadora se ha seguido de oficio; porque Mr. Marsh estaba convencido de que había hecho un gran negocio, y juraba y perjuraba que había visto el mismo casi aparecer las letras en el papel blanco.

El tribunal, para convencer á este pobre hombre, se ha valido de un presdigidador, que ha hecho en la vista pública más milagros que todos los *mediums* del mundo, y ha demostrado al incauto de qué manera se valían para presentar ante su vista un papel blanco y cambiarse por un escrito, que contenía el autógrafo que se deseaba.

Samaniego nos habla de un zapatero que, mientras le daba á sus zapatos, enseñaba á un tordo á silvar canciones. Esto no es nada. En París hay un zapatero que, mientras trabaja, ó mientras descansa, domestica gorrinillos, que luego exhibe en los sitios públicos.

Pero todo tiene sus contratiempos. Hace pocos días llevaba por el boulevard á sus alumnos para que lucieran sus habilidades.

¡Ab! se nos olvidaba decir que el zapatero domesticador llevaba también, dentro del cuerpo, una mona más que regular.

Sin duda los animalitos, como diría un ministro, no obedecían á la voz del maestro, pues éste, enfurecido, empezó á darles golpes, escapando ellos cada cual por su lado, armando el consiguiente tumulto.

Los guardias se acercaron á reprender al domesticador, y éste la emprendió con los guardias, por lo cual fué llevado á los tribunales.

Hasta aquí no hay nada de particular. Lo más notable es la declaración de uno de los guardias.

—Mi colega y yo, dijo, viendo una gran afluencia de gente, nos hemos acercado, creyendo que era una manifestación *boulangérista*; pero luego hemos visto que no era más que una manada de cochinos.

La manía de las Exposiciones llega á su colmo. Ahora se va á celebrar una en Túnez, de... papagayos y loritos.

El que mas hable se llevará el premio. ¿Cuántos diputados importantes conozco que no se llevarían el premio!

Por supuesto no siendo reformistas, por que á éstos no hay quien los ataje.

EXPRESS.

## “La Defensa Católica.”

### OFRENDA A LA PATRIA

El día 16 de Setiembre está algo lejoso. Esto dá lugar sobrado para que nuestra idea pueda ser llevada á la práctica, por eso la iniciamos con tiempo.

Inspirarse el pueblo á sí mismo el respeto de su propia dignidad;

Hacer posible la igualdad, la fraternidad y la misma libertad;

Poner un valladar al desprecio que inspira desde luego á los extranjeros, y finalmente, encaminar las cosas á la alza voluntaria de los jornales y á la limitación justa de las horas de trabajo; hé aquí las cuatro principales razones sociales en que fundamos la iniciativa que contiene este artículo.

Todas estas razones están dominadas por otra: la moral pública, y esta es la más atendible de todas.

En dos palabras emitiremos nuestra idea: Pedimos que, como ofrenda de amor á la patria, el pueblo aparezca vestido decentemente en el próximo día 16 de Setiembre, y desde ese día no deje ya de estarlo en lo de adelante.

En otra ocasión ya nos extendimos en consideraciones sobre la necesidad que hay de que desaparezcan los asquerosos harapos, los absurdos y los feísimos vestidos que usan las gentes del pueblo trabajador, reemplazándose con trajes mejor ideados, cómodos, baratos y que sobre todo, cubran honestamente los cuerpos medio desnudos que se ven en plazas y calles, á la luz del día, en un país que se enfurece cuando se le llama semi-bárbaro ó incivil.

Los periódicos que, cuando de esto hablamos por la primera vez, lo tomaron por pretexto para parecer “espirituales” y se burlaron de la idea, fueron simplemente unos necios. El traje es el respeto de sí mismo y el respeto impuesto á los demás.

Juarez comprendió bien la importancia del traje. Jamás se vistió sino con casaca, y ni en los caminos se la quitó. Si Juarez hubiera usado trajes menos decentes, probable es, sino seguro, que lo hubiesen “tuteado” despreciativamente sus mismos admiradores. Figuremonos á Juarez vestido con saco corto y de sombrero fieltro y su leyenda no se hubiera podido sostener un solo día. Su traje ha impuesto tal vez más respeto que sus hechos, porque estos están terriblemente contrvertidos, mientras que aquel lo hizo una figura típica, seria, de idéntica y severa apariencia para sus amigos como para sus enemigos.

Juarez vestido de otro modo cualquiera, no tendría carácter; con el vestido que su instinto le hizo usar siempre, podrá no ser bello, podrá ser hasta odioso y hasta repugnante, pero nunca provocar las carcajadas de la burla.

Ningun ejemplo como este sirve á nuestro intento, pues que Juarez republicano rojo, enemigo jurado de toda aristocracia, quiso distinguirse, sin embargo, por su aseo y su traje especial, para inspirar el respeto que se debía al puesto que ocupó. Fué odiado, pero sin duda alguna no fué burlado, y su figura pasará á la posteridad envuelta en su traje correcto, aunque la justicia del cielo haya tenido mucho que demandarle á su conciencia.

La democracia no se opone, pues, á la decencia y propiedad del traje. Al contrario: lo necesita así para aparecer bien.

Todos los domésticos y empleados en servicios públicos deberán estar uniformados como lo están ya los del Cable, los del Banco, los de algunas fondas y ferrocarriles. Esos uniformes son el respeto de todas esas instituciones ó establecimientos.

Las oficinas del gobierno no deberían admitir empleados que no estuviesen aseados y decentemente vestidos. Entre estas oficinas, las del Palacio de Justicia, necesitan urgentísimamente, bajo este punto de vista, una reforma total.

Los sirvientes de las casas particulares no deben ser admitidos por las amas de casa, sino se presentan limpios y con un traje que, por humilde que sea, revele compostura. ¡En cuántas y cuántas casas se ven domésticos

serviendo la mesa en mangas de camisa y descalzos! y esto pasa hasta en familias acomodadas.

Los cocheros de sitios, igualmente, tienen que ser obligados á uniformarse. Esto no solo le exige la mejor apariencia, sino también la misma seguridad del público, pues que por regla general, á un individuo uniformado ó bien vestido, no le es tan fácil la comisión de abusos ó de delitos: el uniforme lo denunciaría si se fugase y el mismo uniforme lo contiene antes de delinquir.

Numerosas son las escalas sociales que se nos presentan á la vista para pedir que en ellas el traje honesto y decente entre á sustituir á los harapos sucios ó feos que figuran en esas escalas, sobre todo en los individuos pobres.

Cierto es que el gobierno no tendría derecho de exigir á esa muchedumbre de jornaleros, de operarios de fábricas, de labradores, de artesanos que pululan en las capitales y en los campos, que adoptase un traje determinado cualquiera, cosa que sería, sin embargo, convenientísima y que se ve en todos los pueblos adelantados; pero si tiene derecho de impedir que se muestren en público esas gentes, sino están cubiertos sus cuerpos de ropas tales, que sean suficiente para “cubrir bien” lo que debe de estar velado.

En muchas ciudades del Interior (adelantándose en esto á la capital), ya no está permitido presentarse en camisa y calzones blancos, que es un traje indecencioso; y á pesar de la fuerza del hábito y á pesar de la pobreza del país, la prohibición está dando sus frutos: los “encuerados” se visten ya, y ese rasgo de barbarie va comenzando á desaparecer.

El traje popular decente traería otras ventajas: la mejora de las costumbres y la desaparición de ese lenguaje soez, inmundó, groserísimo, degradantísimo, que es el dialecto que cuadra á los desarrapados. Se nos podrá objetar que, por ejemplo, como pasa en Veracruz, el traje limpio y decente no es obstáculo para que el lenguaje sea cínico y asqueroso; pero las excepciones no hacen sino confirmar las reglas.

Los numerosos gremios que ya están organizados en sociedades, tienen el deber de proponer en sus sesiones la iniciativa de la reforma de los insuficientes ó extravagantes trajes que usan sus miembros. El respeto de su misma asociación lo exige así perentoriamente.

Hablamos de la Sociedad de Meseros, de los Músicos, de las Hijas del Trabajo, etc., etc., etc.

A estas corporaciones incumbe el honor de ser las primeras que luchen por introducir esa reforma en el traje popular. Si ellas dan este magnífico ejemplo, rápidamente quedará trasformada la apariencia de nuestras clases pobres. Dos ó tres días de no ir á los toros, bastarán para fundar un capital inicial que sirva para el estudio de los modelos, elección de las telas, en clases y colores, que son los primeros pasos para entrar á la práctica de esa reforma. La respetable y digna dama, presidenta de la asociación de las Hijas del Trabajo, estamos seguros que apoyará esta nuestra humilde idea. Dado el impulso primero el carácter dócil de nuestro pueblo, lo llevará á seguirlo con verdadero gusto... y provecho.

Por otro lado, toca á los opulentísimos fabricantes de telas nacionales, salir de su rutina eterna; idear algo, que no sea solo el modo de ganarse millones y más millones produciendo feo y malo; hacer gasto de imaginación, para probar que no son tales industriales apocados y egoistas, y que

pagan en invenciones útiles al pueblo, las fortunas que este pueblo les dá á ganar.

Para las inteligencias elevadas, el campo de la industria ofrece laureles sin sangre, victorias que no son solo monedas acuñadas, en la caja, sino triunfos dignos del agradecimiento nacional y aumento también de oro en las arcas. En todas partes del mundo la industria estudia, discurre, discute é inventa sin cesar el modo de producir siempre más barato, más bello y mejor; y esa “industria,” que obra así, se acarrea el respeto de los pueblos y las consideraciones y protección de los gobiernos.

Júntense, pues, nuestros opulentísimos fabricantes, discurran, estudien, y ayuden si nó con sus invenciones, porque estas no las puede inspirar la sola voluntad, al menos con las buenas imitaciones, á la iniciativa que proponemos para que se vea y se vea mejor nuestro pueblo, vendiéndole telas baratas que no sean solo esa eterna manta, burdo producto que los enriquece, pero que mantiene la degradación popular por la humillación que impone el traje miserable.

Si, lo que no es de creerse, nuestros fabricantes por su indolencia ó por su codicia, no ayudasen á la mejora del traje popular, produciendo bueno, nuevo y barato, no vacilamos en aconsejar al gobierno “permita libre” la introducción de aquellas telas que faciliten la reforma total del traje de nuestras clases pobres.

Es indispensable que se tome ya un camino ó el otro.

Esta ofrenda á la patria, la de que aparezca desde el próximo día 16 de Setiembre vestido con decencia y corrección nuestro pueblo, será mejor mil veces que la de la formación de encamisados que integraran el desfile de las corporaciones y tropas que se hace en ese día, y que la de los carros alegóricos. Lo que se gasta en esos efímeros monumentos, es mejor gastarlo en dar impulso, hasta llevarla á la práctica, á la idea de vestirse con compostura nuestros conciudadanos.

Repetiremos, al concluir, las razones poderosas en que fundamos nuestra iniciativa y son:

—Inspirarse el pueblo así mismo el respeto de su propia dignidad; hacer posible la igualdad, la fraternidad y la libertad; poner un valladar al desprecio que desde luego inspira á los extranjeros; mejorar las costumbres, elevar el lenguaje y finalmente satisfacer á la moral pública.

Esperamos ver apoyada nuestra iniciativa hasta por nuestros mismos adversarios en opiniones, pues que ella nada tiene que ver con la política ni con la religión, y si es toda entera en bien del pueblo.

El I. Ayuntamiento debe de tomar en sus manos con resuelta voluntad de implantarla, esta mejora. A él le toca, de derecho, pugnar porque las leyes de la idumentaria tengan cumplida satisfacción. Sobre los adoquines y el cemento de Portland, y al fulgor de la luz eléctrica, es un sarcasmo risible que se pasee esa multitud de caricaturas, de suciedades y de desnudeces que forman la baja población de la capital... de las capitales de la república.

Manos á la obra! Nuestro diario está dispuesto á entrar en la discusión de todos los detalles que exija la consecución de esta iniciativa.

### LAS COSECHAS.

Eu el bajo van mal; van mal por Ixtlahuaca y también por Morelia y Toluca.

El trigo en casi todas esas regiones se ha achahuístado por causa de las constantes lluvias. Estas, han impedido la siega en varios puntos y están causando la pérdida del maíz, en otros, porque impiden también dar las labores convenientes á los maizales.

Para estas eventualidades, frecuentes en la agricultura, los ayuntamientos deberían tener fondos dispuestos y comprar cereales con tiempo, á fin de evitar que las clases pobres sean las víctimas de los especuladores, que siempre se prevalecen de esos accidentes para labrarse utilidades con las ruinas de los hacendados y con el hambre de los ciudadanos.

A este respecto mucho tiene que hacer México para poder llamarse civilizado.

A propósito de esto recordamos que hemos anunciado ya hace tiempo que tenemos un proyecto para que cese de vivir la especulación sobre los consumidores de pan y sobre las pérdidas de los hacendados.

Algunos datos estadísticos siempre difíciles de obtener, nos han obligado apesar nuestro á aplazar la publicación de ese proyecto. Más ya los tenemos casi completos, y en breve verán nuestros lectores aparecer el proyecto en las columnas de *La Defensa Católica*.

Algo práctico y bueno vamos logrando con nuestros escritos: ya sabrán nuestros lectores que el Consejo Superior de Salubridad ha denunciado á los panaderos que empleaban aceite de ajonjolí y harinas picadas en sus elaboraciones.

Si el gobierno del Distrito le diese cuerpo á las denuncias, entonces lo que procederá será denunciar el gobierno del Distrito ante las autoridades de quienes sea justificable. Por de pronto el C. Gobernador ha pasado ya una circular para que no usen los panaderos el aceite de ajonjolí. Falta ahora que se inutilicen los trigos agorrojados para que no se nos sirvan en forma de pan.

¡Vamos andando!

### Pulpo, Figaro y C.

Loado sea Dios! Por fin, puedo participar á vd. que se ha constituido una sociedad cuya razón social no dice con claridad la clase de negocios que tratará.

Porque si yo les digo que la sociedad se denomina Pulpo, Figaro y Compañía, nada podrán por el nombre sacar en limpio.

Los pulpos son incapaces de hacer nada que no sea de su oficio.

Sancho, como se sabe, jamás pudo separarse sin pena de su burro.

Un Sancho sin el rucio no se comprende como no es posible comprender un pulpo sin su Figaro.

Un pulpo sin ese auxiliar es una cosa imposible.

Como ha de querer un pulpo volver al mundo de los diezmos y primicias, cuando los le garitmos le producen tan buenas brevas!

¿Cómo ha de volver á la escuela con Dios con palmeta y disciplina? cuando las escuelas dan chiquillos tan aprovechados que á los nueve años roban ya los relojes en el aire! ¿Cómo ha de volver á la fecunda libertad de los pronunciamientos mensuales, cuando ya no hay en los campos lo que ha sentido sus reales en las ciudades!

¿Cómo ha de volver á la guerra civil? cuando el objeto de sus ansias lo posee por entero. Vuelve, dicen; al tranquilizador bandolerismo piadoso.

¿Cómo ha de volver á eso, cuando ya no hay que pescarle lo más mínimo al que dejaron encueros?

¿Cómo ha de volver á la paz de los ventos? cuando está en los barrios bulliciosos de la orgía!

¿Cómo ha de volver al delicioso descomulgamiento de cierto hacendatario? ¡si le vá también con los logaritmos!

¡Oh libertad que antes andabas á salto de mata escondiéndote de las gentes, y diste zándote hábilmente, hoy puedes mostrarte cual eres, redentora de los pueblos, digna madre de los treinta y ocho y firme sostén de los pulpos y los logaritmos.

¡Dios mío! no hay que rogar, por que lluevan cartuchos de dinamita, ni barriles de petróleo, pues basta con el refinó que se derrama por todas partes, para en caso necesario hacer que arda el mundo entero.

No caerá, no, el fuego del cielo, puesto que la tierra está que se abrasa con el mísero progreso.

¿Qué es lo que falta? Poca cosa!

Algo así como 50,000 rémingtons y otros tantos pares de brazos para que la familia destruya.

Y con ellos unas cuantas docenas de generales del temple y de la inteligencia de esos que asisten á las aulas de Capellanes.

Para que el día menos pensado entre en la calle de la Independencia y el Zócalo ocurra